

TRANSCRIPCIÓN DE LA CONFERENCIA

DIOS SALVA POR LA PALABRA Y LA ACTUACIÓN DE LOS PROFETAS

Prof. Enrique Sanz Giménez-Rico

Aula de Teología
23 de noviembre de 2010

Muchas gracias al P. Ruiz-Capillas y a la UC por esta invitación.

Probablemente muchos de Vds. habrán oído hablar, a lo largo de este ciclo del Aula de Teología, del término “salvación”, uno de los puntos de la conferencia que, con mucho gusto, les voy a presentar en este momento y que consta de cuatro apartados, de los cuales el segundo y tercero son los centrales.

En el punto dos, *Palabra de Dios y profetas de Dios*, y ciñéndome a lo que la Escritura –en especial el AT- dice sobre ellos, hablaré de quiénes son y qué transmiten los profetas, es decir, comentaré el contenido de su predicación. Dicho con otros términos, de su misión, que no es otra que “anunciar la salvación”, a la que me referiré en el punto tres, *Salvación creída, esperada, mediada*.

En primer lugar haré una breve introducción acerca de la *Palabra de Dios y presencia de Dios: el Antiguo Testamento*- y concluiré la conferencia con una cuestión abierta *¿Dónde y cómo situar la “ira de Dios”?*, que aunque también toca de alguna manera el tema de hoy, no voy a desarrollar, puesto que, como ya he dicho, no es el centro del mismo.

Yo no soy profeta en el sentido de “anunciador del futuro”, uno de los sentidos que utilizamos en castellano al referirnos a los profetas. Ni es el que yo más voy a destacar sobre la figura de estas personas. Seguramente también el profesor Sánchez Caro, de la Universidad Pontificia de Salamanca, el próximo 30 de Noviembre, al hablar de la *salvación en el destierro de Babilonia y también en el fracaso y la persecución*, se referirá, de alguna manera, a salvación y profetas.

En muchos momentos de la conferencia iré haciendo citas bíblicas, que serán de cierta relevancia, e intentaré recordarlas sintéticamente, e incluso leer alguna, pero sin cansarles con una cascada de citas.

1. PALABRA DE DIOS Y PRESENCIA DE DIOS: EL ANTIGUO TESTAMENTO

Es un tema que está presente en todo el AT. Ya desde el Génesis, en los relatos patriarcales –Abraham, Isaac, Jacob, incluso en la historia de José aunque de otra manera- se cuenta cómo Dios se hace presente a los patriarcas, con quienes establece una relación muy personal. Pues bien, Dios no se les hace presente en un santuario, ni tampoco en un lugar concreto, sino que lo hace mediante una aparición.

Cuando en los relatos patriarcales se dice que alguno de los patriarcas eleva un altar, y se hace referencia al santuario donde se eleva ese altar, se trata de una memoria, es decir, de recordar la presencia de Dios que se ha hecho allí visible mediante una aparición.

Quiero subrayar esto en primer lugar porque está muy en el trasfondo de lo que quiero decir sobre los profetas y es muy importante, además, para entender, no solo el tema que nos ocupa en esta conferencia, sino toda la Escritura; incluido también el NT. Cuando la Escritura utiliza esta referencia a una aparición, habla más bien de la aparición de un Dios al que no se ve con los ojos, sino que se le ve escuchándole. Se trata, por tanto, de una aparición no visible, sino audible; es un Dios-palabra, un Dios que quiere transmitir un mensaje.

Es un *leitmotiv* de toda la escritura. *En el principio existía la palabra*, comienza el evangelio de Juan que dice también: *A Dios no lo ha visto nadie jamás, solo su Hijo que es el intérprete*, porque el modo de ver a Dios es la escucha. Aunque lo repetiré luego, lo indico para abrir el contexto de los relatos patriarcales, donde “aparición” y “palabra” van unidas. Dios no está presente en un lugar, sino en una palabra, en una comunicación.

En el libro del Éxodo, en el cual luego me detendré más, Moisés es el mediador y el receptor de una manifestación, aparición de Dios por medio de la palabra. En este relato es muy importante la oferta de alianza, entendida como relación de vinculación, que hace Dios con su pueblo; y se ve también que uno de los modos de expresar esta especial relación de Dios con su pueblo, esta alianza, es la construcción del Santuario. Marta García habló de este tema en su conferencia *Dios entra en comunión con su pueblo a través de la alianza*.

Cuando, a lo largo de 15 capítulos -25 al 40 del libro del Éxodo- se habla de la construcción del Santuario, se dice que el Arca de la Alianza, que expresa la presencia de Dios en dicho Santuario, ocupa el lugar central dentro del mismo. En ese Arca se coloca el documento oficial de la Alianza, la Ley, que es ante todo palabra: palabra escrita que habla de una relación vinculante de Dios con su pueblo. Por tanto, la presencia de Dios en el Santuario se expresa mediante la Ley que “se sienta”, lo voy a decir así, en el Arca de la Alianza. (Ex 25,16).

Tenemos, por tanto, en los relatos patriarcales, en el libro del Éxodo, referencias a que el modo como Dios se comunica, se revela, se da a conocer, es a través de la palabra.

En la llamada historia Deuteronomista, están los libros de Samuel, de los Reyes, donde se habla de la época gloriosa de Israel –David y Salomón- y de la construcción del Templo como expresión de este momento glorioso. Se dice también que la presencia de Dios en el Templo depende de la fidelidad del rey –David y Salomón sobre todo- a la Ley, la palabra. El nombre de Dios habita en el Templo y el modo como Dios se hace presente allí es también mediante una palabra, una Ley, que se invita al rey a guardar y cumplir.

A esta historia deuteronomista siguen los libros proféticos, sobre los que yo voy a hablar más, y después de los libros sapienciales y los salmos, iríamos al NT y veríamos que siempre estaría presente este *leitmotiv* que les he presentado brevemente y que resumo con esta frase:

Lo importante para Dios no es vivir en un Santuario, en un Templo, sino hacerse presente por medio de una palabra, bien transmitida directamente a los patriarcas, bien transmitida por medio de los profetas a los reyes o a su propio pueblo.

Por tanto, y con esto concluyo el primer apartado, podemos decir que la Palabra de Dios es la mejor expresión de la presencia de Dios.

2. PALABRA DE DIOS Y PROFETAS DE DIOS

En este segundo gran apartado hablaré de Moisés -del que ya he hecho una breve mención- y de Jeremías como dos figuras muy representativas del profetismo. La Escritura define al profeta como aquel siervo de Dios -no en el sentido servil, sino en el de una persona que trata en una relación de confianza con Dios- cuyo cometido principal es recibir una palabra de Dios que expresa lo que Dios es; una palabra que revela a Dios, que lo hace visible, sabiendo que solo se le puede ver escuchándole. Esto tiene también importancia para el AT.

2.1. «No hubo en Israel un profeta como Moisés» (Dt 34,10)

Cuando se cierra definitivamente el AT, en una época tardía, el modelo del profeta es Moisés. Así aparece en el Pentateuco -también llamado “libro de Moisés”- los cinco primeros libros de la Biblia, de los que el núcleo principal es la Ley. El Pentateuco “equivale”, de alguna manera, a los Evangelios en el NT. El núcleo del NT son los Evangelios y el núcleo del AT es el Pentateuco.

El exilio es una época decisiva para la historia de Israel; es el momento en que se queda sin los fundamentos de su fe: sin tierra -*la tierra que Dios nos ha prometido que vamos a entrar a poseer*-, sin rey -*el ungido de Dios*- y sin templo, lugar en donde la presencia de Dios por medio de su palabra se hace más visible. En ese momento de crisis -en el sentido más etimológico de la palabra- Israel repiensa su fe, sus fundamentos y dice que la época gloriosa de su existencia es la época del desierto; el desierto como lugar de tránsito hacia la tierra prometida. Y que la figura gloriosa de su historia no es el rey -David o Salomón- sino Moisés el profeta. Lo dice el Pentateuco y es lo que voy a tratar de presentarles en este momento.

Israel hace una reflexión tardía de su vida y de sus instituciones, que queda plasmada en el libro del Deuteronomio especialmente en los capítulos 16 al 18, donde habla de los jueces, del rey, de los sacerdotes y de Moisés, profeta¹, como de las autoridades de Israel, todas ellas relacionadas con la Ley, una Ley que Dios

¹ De los jueces en el capítulo 16, del rey en el capítulo 17 y de los sacerdotes y de Moisés “profeta” -no de los profetas- en el capítulo 18.

ofrece a su pueblo a través de Moisés, el profeta. *Todos, jueces, rey y sacerdotes, cumplirán la Ley, una Ley que Dios nos dio a través de Moisés*; por tanto, se está afirmando que Moisés es más importante incluso que el rey, puesto que éste también deberá someterse a la Ley. En la concepción veterotestamentaria, del Pentateuco, Moisés es el garante de la Ley –el contenido que expresa la relación de Alianza- y por eso todos se someterán a él.

A la hora de hablar de los profetas como figuras de autoridad importante en Israel, el libro del Deuteronomio va a subrayar –insisto, en esa reflexión tardía- que no hay otro profeta como Moisés; que hay adivinos, magos, que intentan conocer quién es Dios, qué es lo que nos quiere transmitir, dicho de otro modo, “cuál es su voluntad”.

En el capítulo 18, dice: *Cuando entres en la tierra que va a darte el Señor, tu Dios, no imites las abominaciones de esos pueblos. No haya entre los tuyos quien queme a sus hijos o hijas, ni vaticinadores, ni astrólogos, ni agoreros ni hechiceros, ni encantadores, ni espiritistas, ni adivinos ni nigromantes. Porque el que practica eso es abominable para el Señor. Y por semejantes abominaciones los va a desheredar el Señor, tu Dios. Sé íntegro en tu trato con el Señor tu Dios; esos pueblos que tú vas a desposeer escuchan a astrólogos y vaticinadores, pero a ti no te lo permite el Señor, tu Dios. Un “profeta” de los tuyos, de tus hermanos, como yo, te suscitará el Señor, tu Dios; a él le escucharéis*” (Dt 18,9-15).

En los versículos 15 al 22, Dt 18 expone, de forma muy sintética, los rasgos principales del profeta. Yo se los presento en clave veterotestamentaria, pero cuando decimos después que Jesús es un profeta, tendríamos que tener en cuenta estas características -que no voy a aplicar aquí, aun cuando haga alguna referencia en algún momento- porque muchos de los rasgos que el AT presenta de Moisés o Jeremías profeta, están detrás de la afirmación de Jesús, profeta escatológico. Lo primero que se dice de Moisés es que es un profeta de en medio de su pueblo, un miembro del pueblo, alguien que ha estado con ellos, que los ha acompañado, los ha guiado y que ha recibido una llamada de Dios para transmitir una palabra, para decir lo que Dios quiere hacer conocer a su pueblo. *Es alguien de en medio de vosotros, - es un mediador- y vosotros lo pedisteis al Señor en el Horeb.* (Dt 18,16)

Aquí se hace referencia a un pasaje que yo resumo brevemente y que tiene que ver precisamente con ese aspecto que más destaca la palabra: “es Dios que se revela”. En el Horeb, en el Sinaí, cuando Dios se da a conocer a su pueblo (Ex 19 y 20. Dt. 4) se dice que Dios se manifestó “hablando” porque no se veía nada: *veíais como una especie de niebla y oíais sobre todo sonidos-*.

Y lo que manifiesta quién es Dios, su voluntad, su persona –no es terminología bíblica, pero puede ayudarnos a entenderlo mejor- es la Ley, el Decálogo, los preceptos, los mandamientos. Dice el libro del Éxodo y el del Deuteronomio en ese pasaje al que me refiero que Dios se da a conocer de manera inmediata, sin mediadores, y que, cuando Dios se manifiesta como quien es, por medio del Decálogo, Israel pide a Moisés, uno de su pueblo, que medie entre Dios y el pueblo. Con otras palabras, a una revelación inmediata de Dios –el Decálogo- le

sigue una petición del pueblo de que la respuesta a esa revelación –lo que nosotros llamaríamos la fe, la adhesión a Dios- sea mediada.

Uno de vosotros, tal y como me lo pedisteis en aquel momento, a ése escuchareis porque yo pondré palabras en su boca. Y este es el punto principal en el que me quiero parar, que caracteriza al profeta. Dice el texto: acaecerá que el hombre que no escuche mis palabras, que él pronunciará, yo le pediré cuentas. El profeta que tenga la osadía de pronunciar en mi nombre palabra que no le he mandado decir, ese profeta morirá. Ahora bien, si dices en tu corazón: ¿Cómo conoceré la palabra que Yahvé no ha hablado? Cuando un profeta hable en nombre del Señor y no suceda ni se cumpla su palabra, es algo que no dice el Señor; ese profeta habla por arrogancia, no le tengáis miedo. (Dt 18,17-22)

Son versículos un poco difíciles de entender; hay que acudir siempre al texto hebreo que ayuda más.

Lo que yo quiero subrayar es que el profeta no es alguien que ve el futuro, sino aquel que manifiesta y transmite una palabra de Dios, que habla del ser de Dios y de su voluntad, de manera performativa². Es decir, la palabra que transmiten los profetas no es una palabra adivinadora, que predice lo que va a suceder, sino que es una palabra que invita a la respuesta, que invita al que la escucha a adherirse a ella.

Moisés “el profeta”, no es el que se inventa lo que va a venir, sino el que habla de un Dios que busca la relación –de nuevo estaríamos en el concepto Alianza- a través de esa palabra que transmite para que sea escuchada, respondida y a la que poder adherirse. Por tanto, la palabra de los profetas es una palabra de invitación a que se acoja, a que se reciba y a que se responda. En este sentido, en el N.T. Jesús es el profeta por antonomasia. Jesús anuncia una palabra que tiene que ver, más bien, con que el reino de Dios ha llegado, *convertíos y creed en la buena noticia*. Jesús anuncia una palabra performativa, para ser acogida, escuchada y respondida.

El profesor José M^a Ábrego –actualmente rector del Instituto Bíblico de Roma, y que intervino hace unos años en este Aula- al explicar este tema en sus clases o en su libro sobre profetismo, juega con el término griego que da origen a la palabra profeta. En griego *pro-femi* es hablar por otro. Dice así: *los profetas no eran pre-fetas en el sentido de que sabían lo que iba a suceder. El profeta es alguien de en medio del pueblo, que sabe lo que es la vida del pueblo de Israel y que invita a Israel a recibir una palabra de Dios que no es sino la manifestación del mismo Dios.*

2.2. La vocación de Jeremías y el sentido de la palabra profética (Jr 1)

El capítulo primero del libro de Jeremías desarrolla de alguna manera esta síntesis que está presente en Dt 18 y en Dt 34.

El libro del Deuteronomio hace una síntesis tardía de la figura del profeta y los libros proféticos –sobre todo desde Isaías a Malaquías, aunque también podríamos hablar de Samuel y Reyes- expresan con mucho mayor detalle esto que el libro del Deuteronomio sintetiza. Una cosa es que el libro del Deuteronomio esté antes que

² Es un término del ámbito de la lingüística que tiene como significado que “por el mismo hecho de ser nombrada, se convierte en acción”.

los libros proféticos y otra que su reflexión pueda ser tardía y por eso es más sintética.

¿Quién es entonces el profeta -por dar algún dato más- según la vocación de Jeremías?

El cap. 1 de Jeremías dice *antes de que te formara en el vientre te reconocí, antes de que salieras del seno materno te consagré, como profeta para las naciones te puse*. Es lo que se llama el relato de vocación del profeta, que en el libro de Jeremías está al comienzo del mismo, pero que, en el de Isaías no está tan al principio, sino en el capítulo 6 y en el de Amós casi al final... Lo importante es caer en la cuenta de que estamos ante un relato de vocación y que, por tanto, no refleja quizás exactamente los acontecimientos históricos. Lo que importa en los libros proféticos es que la vocación, y el relato que cuenta esa vocación, recuerdan que lo esencial de la vida del profeta es, precisamente, haber sido llamado a ejercer el profetismo. Por eso Jeremías lo pone al principio y poco le importa el año exacto en que sucedió.

En el relato de Jeremías se dicen tres cosas fundamentales del profeta: *eres profeta desde siempre, antes de que te formara te reconocí, te consagré y como profeta para las naciones te puse*. Tres verbos, conocer o reconocer, consagrar y, aunque esta Biblia dice: *profeta para las naciones te puse*, el texto hebreo sobre el que traducen muchas de nuestras Biblias, dice: *te di el don de ser profeta*. Son tres verbos en los que me voy a detener para desarrollar un poco más lo que es la figura del profeta.

Antes de que te formara te reconocí. Lo primero que se dice es que entre Dios y el profeta hay una estrecha relación; el verbo “conocer o reconocer” hace referencia a una relación especial entre Dios y un miembro del pueblo de Israel llamado profeta, que consiste en que, mediante esa relación, Dios transmite su ser al profeta para que a su vez se lo comunique a Israel. Esto es muy importante: Dios se da a conocer como quien es y -segundo aspecto que incluye el verbo conocer- Dios reconoce en el interlocutor, en el profeta, un sujeto capaz de entender quién es Dios. Por lo tanto, *antes de que nacieras te conocí* quiere decir que entre Dios y el profeta hay una estrechísima relación cuyo eje vertebrador es el ser de Dios, que lo da a conocer a un profeta a quien reconoce como interlocutor válido para recibir ese mensaje.

Antes de que salieras del seno te dije santo -dicen algunas Biblias- *te consagré*. Éste es un verbo hebreo -*kidesh*- del que deriva el sustantivo santo, *Kadosh*. Es un verbo que habla de que *los elegidos son aquellos que hacen visible la salvación de Dios* (así aparece en el libro de los Números). El profeta es como los primogénitos de Israel en Egipto, que expresan la salvación que Dios ofrece a su pueblo. Santificado es elegido, aquel en el que Dios hace, de alguna manera más visible, su oferta de salud.

Te di el don de ser profeta. El tercer aspecto que me interesa destacar es que el profeta es aquel que recibe un don especial de Dios que es el de hablar y el de comunicar.

Todo el relato de vocación de Jeremías tiene mucho que ver con el texto del Deuteronomio de Moisés porque el libro de Jeremías es de los que enlazan, de

alguna manera, con el mensaje de la escuela deuteronomista, una escuela de corte laico cuyo pensamiento queda especialmente plasmado en el libro del Deuteronomio y en lo que llamamos la Historia deuteronomista que le sigue después –Josué, Jueces, Samuel, Reyes–.

De Jeremías se dice que recibe el don de hablar. Todo el relato de su vocación está atravesado por verbos sustantivos del ámbito del hablar y decir. ¿Qué entiende el AT en general, y sobre todo la mentalidad semita con el concepto hablar?

Normalmente nosotros, más bien herederos o continuadores de la tradición filosófica griega, pensamos que podemos acceder al mundo –recuerden a Platón– a través de las ideas; para los griegos entre el pensar y el hablar hay una separación: primero pienso y luego hablo. Sin embargo, en la mentalidad semita bíblica no hay separación entre pensar y hablar.

“El ser humano revela en sus palabras lo que es”, sería el axioma fundamental de la mentalidad semita que está detrás del sentido profético. Decir “yo soy bueno” sería una afirmación muy válida en la tradición griega; pero en la bíblica-semita, yo, en mi hablar es donde tengo que revelarme como bueno, si es que lo soy. Nos damos a conocer en nuestro hablar, en nuestro comunicarnos, relacionarnos...; esto es muy importante para la Escritura y es central para la figura del profeta.

El profeta recibe una revelación de Dios –un modo de comunicarse Dios con su pueblo– y en el hablar con el pueblo es como el profeta hace verdad esto. Y por tanto, el primero a quien afecta esta palabra que Dios transmite a su pueblo para ser recibida, es al propio profeta.

3. SALVACIÓN CREÍDA, ESPERADA, MEDIADA (1 Sm 1-12)

El contenido de la palabra que transmite el profeta a Israel, palabra en la que Dios se expresa como quien es, pasa por dos elementos: salvación, fundamentalmente, y también destrucción, término que trataré en el punto 4.

El núcleo del mensaje que transmiten los profetas a Israel es salvífico; la voluntad de Dios equivale a salvación³. *Detrás del término voluntad de Dios está la oferta salvífica de Dios a los seres humanos.*⁴

Dios quiere salvar a su pueblo y el paradigma de esa salvación es el Libro del Éxodo del que ya les ha hablado el profesor Rafael Aguirre en su conferencia el pasado día 2.

En el capítulo 14 del libro del Éxodo, se narra cómo los israelitas dejan atrás la esclavitud de Egipto, atravesando el mar Rojo, gracias a la mediación de Moisés, el profeta por antonomasia. Ahí tenemos el paradigma de la salvación; es un texto que se lee en muchas celebraciones de la liturgia católica.

³ Hay que utilizar con mucho cuidado el término: “esto es voluntad de Dios”, que repetimos muchas veces, especialmente en ámbitos más bien religiosos, cristianos, sacerdotales, de vida religiosa.

⁴ *La voluntad de Dios, esa eterna desconocida.* José Antonio García – *Sal terrae: Revista de teología pastoral*, ISSN 1138-1094, Tomo 98, N° 1146, 2010, pags. 507-518

En este relato –que comento aquí porque es muy importante para el tema que quiero presentar en este punto sobre el libro de Samuel- se dice que la salvación hay que entenderla como el don principal que Dios ofrece a Israel, cuya expresión fundamental es la libertad. Hasta el cap. 14 del Éxodo, Israel no tiene capacidad de decisión porque está sometido al faraón de Egipto. El don de la salvación que recibe en el paso del mar Rojo es la capacidad para responder sí o no, libremente, a una invitación. Israel pasa así de ser esclavo a ser sujeto con capacidad de decisión. Por tanto, recibe el don de la libertad, el mayor don que Dios ofrece a su pueblo.

Este relato del libro del Éxodo -evidentemente se trata de una creación literaria- está siempre en el trasfondo de muchos de los anuncios salvíficos de los profetas. Yo he elegido, 1 Sm 1-12⁵, porque creo que refleja muy bien lo que se entiende por salvación.

En esos doce primeros capítulos se habla de Samuel profeta; se habla de la vocación profética y se presenta el tema de la salvación en esta clave: creída, esperada y mediada. Detrás de ellos está el texto del libro del Éxodo clave para entender casi toda la Biblia, que dice así:

En aquel día Dios salvó a Israel, le capacitó para reconocer la salvación e Israel respondió a esta oferta salvífica mediante la fe en Dios y en Moisés su profeta. (Ex 14,30-31). Se dicen tres cosas: una, que Dios concede la salvación; otra, complementaria, que Dios capacita para reconocer la salvación; y la tercera, que la respuesta a esa oferta de Dios es la fe en Dios y en su profeta.

Cuando en el libro de Samuel -en los capítulos a los que me estoy refiriendo- se quiere hablar de la función principal de Samuel como profeta, se habla también de una salvación pero con una característica particular: a diferencia de lo que sucede en el capítulo 14 del Éxodo, el orden en el que habla Samuel de la salvación, no es el mismo que en el capítulo 14 del Éxodo, sino que es el contrario.

El texto nos cuenta que Israel, consciente de lo que ha hecho: apartarse de esa oferta salvífica de Yahvé pide a Samuel que les nombre un rey porque no reconocen a Dios como tal. Cuando el pueblo reconoce lo que ha hecho, es decir, apartarse de la oferta salvífica de Dios, pide que Samuel medie, interceda: *haz algo por nosotros para que no muramos.*

¿Hay vida entonces para este Israel, que ha rechazado a Yahvé? Es una pregunta decisiva porque el pueblo ha cometido un pecado grave. A veces, nosotros, cuando se ha cometido un pecado grave, decimos que no hay vida, y aquí se dice que sí la hay. ¿En qué consiste entonces la vida? La vida consiste en temer a Dios, y creer a un Dios que salva, dice Samuel. ¿Hay vida para este pueblo que ha pecado? Sí, hay vida en la medida en que Israel afirme que cree en un Dios que salva. Por lo tanto, no es incompatible el ser pecador con el creer en Dios que salva, sino todo lo contrario.

⁵ El libro de Samuel forma parte de los llamados “profetas anteriores” -Josué, Jueces, Samuel y Reyes- que están antes de los llamados “profetas mayores” -Isaías, Jeremías, Ezequiel-. En otra terminología, el libro de Samuel forma parte de lo que llamamos “Historia deuteronomista”

El profeta Samuel dice entonces que, expresar la fe en Yahvé que salva, lleva consigo esperar. Es decir, se trata de un ejercicio muy pasivo. El ejercicio activo es el de afirmar que Dios me salva y el ejercicio pasivo, -complementario- es el de esperar la salvación. Por tanto, expresar la fe en un Dios salvífico y esperar la salvación es aquello que puede hacer Israel cuando ha pecado.

Éste es el gran mensaje del profeta Samuel en los capítulos 1 al 12, de 1 Sm, a lo largo de los cuales se van haciendo menciones semánticas, terminológicas al capítulo 14 del Éxodo. Por eso, si se ha leído bien este capítulo del libro del Éxodo, enseguida se da uno cuenta de que ambos están entroncados.

Ahora bien, y repito, mientras que en Éxodo 14 a la recepción de la salvación se responde mediante la fe en un Dios que salva, aquí se invierte el término y se dice que el gran mensaje de salvación que transmite Samuel a su pueblo es que, en una situación de pecado, de alejamiento de Dios, Israel puede expresar su fe en un Dios que salva, su vinculación con Él y, en ese expresar, contemporáneamente está manifestando también que se abre a recibir esa salvación que todavía no ha llegado.

Salvación creída, esperada y mediada. Creída y esperada por Israel y mediada por Samuel.

Creo en un Dios que me salva, y espero que esa salvación me va a llegar. ¿No decimos algo parecido en un tiempo litúrgico como el Adviento en el que afirmamos que Dios ya se ha hecho presente en nuestro mundo, que ya ha llegado y que lo esperamos en su venida definitiva? Esperamos una salvación de Dios, que ya nos ha llegado. Estoy presentando un paradigma que está presente en la Escritura y que, evidentemente, se podría emplear para hablar del tiempo litúrgico que está próximo.

Podríamos recorrer muchos pasajes de los libros proféticos; por ejemplo, el modo como Isaías 40 *-consolad, consolad a mi pueblo-* habla también de esa oferta de salvación, también con claras referencias al capítulo 14 del Éxodo que, como digo, es el paradigma de la salvación.

4. CONCLUSIÓN: ¿DÓNDE Y CÓMO SITUAR LA «IRA DE DIOS»?

Aunque no es exactamente el tema de la conferencia, no quiero terminar sin hacer una referencia a toda esa parte más oscura del mensaje profético que habla de “no salvación”, de “destrucción”, que habla sobre todo de la “ira de Dios”.

¿Qué es la “ira de Dios”? ¿Es incompatible con la salvación o tiene algo que ver?

En una época todavía tardía –la época del exilio- es cuando Israel se hace sobre todo la pregunta por la salvación o la destrucción, la ira. Cuando Israel es consciente de que se ha separado de Dios –el exilio es la mayor expresión de esta separación- empieza a formular el concepto “ira de Dios” en el sentido que yo les voy a presentar.

Algún autor, por ejemplo un profesor del Bíblico de Roma, Pietro Bovati, dice que *la ira de Dios es la ira justa de Dios*, expresando así que el concepto “ira” va unido

a la reacción de Dios ante el pecado reconocido por Israel. En el fondo, la “ira” es la revelación de lo que en teología se denomina el *Mysterium iniquitatis*, el misterio del mal.

En el año 586, en que Israel se encuentra de nuevo sin tierra, sin rey y sin templo, reconoce el mal cometido, reconoce su responsabilidad ante el mal, y rescata más explícitamente una categoría que ya había aparecido en libros proféticos muy en sus orígenes -por ejemplo un Isaías muy primero, un Oseas muy primero-. Israel no entiende la “ira de Dios” como una actuación automática de Dios, pero sí como algo que se enciende automáticamente cuando se da la injusticia. La “ira de Dios” tendría la función revelatoria del mal cometido.

Por tanto, -primera acepción de este término- la “ira de Dios”, sería la revelación de la injusticia. Los profetas mediante este término están diciendo que a Dios le incomoda y le inquieta la injusticia y, mediante su aparición como “Dios airado”, lo que hace es desvelar -revelar- algo que está oculto muchas veces y que no es fácil reconocer, el tema de la injusticia.

Y el segundo aspecto sería la función pedagógica de la “ira de Dios”. Cuando, en muchos contextos, los profetas hablan de que *Dios va a traer la destrucción*, la no salvación, y dicen que Dios está airado, irritado, están transmitiendo un mensaje que invita a la conversión. ¿Se puede hacer algo ante este Dios airado, irritado, que desvela la injusticia y el mal? Muchos textos proféticos dicen que sí, que uno se puede convertir, puede cambiar las costumbres, la conducta, y acercarse a este Dios que quiere ofrecer la salvación.

Por eso, cuando los profetas hablan de la “ira de Dios” como revelación del mal, como momento pedagógico de invitación a la conversión, van a decir también que la “ira de Dios” no es un mensaje sin final, porque Dios puede cambiar y pasar, de estar airado, a ofrecer la salvación. El libro profético de Jonás y el de Joel donde hablan de lo que ellos llaman “el día de Yahvé”, son muy ilustrativos al respecto.

En el fondo, el tema de la “ira de Dios”, de “la ausencia de la salvación”, es el que permitió a Israel formular que *Dios es clemente, misericordioso, lento a la cólera y rico en clemencia* que es, como aglún exegeta, la mejor definición de Dios que encontramos en el AT.

Muchas gracias

DIÁLOGO

P. *Al hablar de los profetas se nos dijo que su mensaje era de denuncia y de anuncio. ¿Sigue siendo esto válido?*

R. Sí, sigue siéndolo. Básicamente, el mensaje denuncia-anuncio tendría que ver con salvación, con ira, sigue vigente. ¿Cómo se combina? Yo he presentado una manera, sobre todo en relación con “revelar la injusticia”. Probablemente lo que ha cambiado es la insistencia en que el mensaje del profeta, de anuncio y denuncia, no es mensaje adivinatorio sino “provocador”, “interpelador”.

Hay textos que quieren interpelar a la conversión mediante el anuncio de una catástrofe que va a llegar. *Se os anuncia que Dios os va a traer...* del libro de Joel o el de Jonás a los ninivitas, es una invitación a la conversión. Es otro tema muy interesante porque Joel y Jonás no están hablando solo de la conversión de los ninivitas, sino también de la conversión de Dios; Dios se convierte. Mediante un anuncio de destrucción, de denuncia, se está llamando al cambio, a la conversión. Ahora bien, no todo anuncio de denuncia es igual; hay que distinguir textos donde la denuncia ocupa un lugar muy importante; por ejemplo en el libro de Amós -un libro profético- y en otros textos donde esto estaría menos presente.

Yo sí que creo que, donde ha habido más cambio, es en el modo de entender las figuras, como anunciadoras de un mensaje para ser recibido, un mensaje interpelador, provocador, que espera una respuesta.

BIBLIOGRAFÍA BÁSICA

- AUSÍN OLMOS, S., «Salvación», en J.L. BARRIOCANAL GÓMEZ (dir.), *Diccionario del profetismo bíblico*, Monte Carmelo, Burgos 2008, 659-671.
- NAY, R., «Palabra de Dios», en J.L. BARRIOCANAL GÓMEZ (dir.), *Diccionario del profetismo bíblico*, Monte Carmelo, Burgos 2008, 519-532.
- SANZ GIMÉNEZ-RICO, E., *Profetas de misericordia. Transmisores de una palabra*, Universidad Pontificia Comillas – San Pablo, Madrid 2007, 77-116.